

CLEMENTE XIII Y CLEMENTE XIV.

Cien años hace que bajo Clemente XIII empezó la tragedia concluida bajo Clemente XIV con la abolicion de la Compañía de Jesus. Un siglo lleno de acontecimientos terribles ha trascurrido desde entonces, sin que por eso se haya olvidado esa catástrofe. Las pasiones que la produjeron la aplauden todavía, acusando á la inocencia que hizo de víctima en ella; y va en ocasiones tan lejos la violencia del ataque , que hasta la defensa corre á veçes el peligro de perder aquella mesura y gravedad propias de la tranquila fuerza del derecho, y que la pasion y la venganza no conocen.

Dos Papas intervinieron en esa cuestion, dominándola desde la altura en que la tiara se encuentra colocada. Esos dos Papas no observaron la misma conducta. Clemente XIII de-

fendió á los Jesuitas como á buenos y fervorosos sacerdotes; Clemente XIV no les condenó, pero los sacrificó como á súbditos turbulentos, aborrecidos del mundo, y cuya existencia era un obstáculo perpetuo para la paz de la Iglesia y del mundo. ¿Cuál de esos Papas hizo lo que debia hacer? Hé aquí el problema de cuya solucion se trata. Para resolverle en toda justicia y con todo respeto, basta con buscar los hechos en su origen; con estudiar en sus modificaciones sucesivas la situacion que crearon; con reconocer, como es justo, la precision cruel que ejerce siempre la necesidad. Procediendo de este modo, se esplica el contraste que ofrece la gloriosa resistencia de Clemente XIII y la política de su dulce y desgraciado sucesor. Clemente XIII es el héroe muerto sobre la brecha: Clemente XIV es el vencido que, cercado por todas partes, abandonado de todo el mundo, sin ninguna esperanza de socorro, firma llorando la capitulacion.

Pero la pasion no admite razonamiento ninguno que sea equitativo, y uno ú otro, Clemente XIII ó Clemente XIV sufren sus ataques. Si el que habla es un enemigo de los Jesuitas, el Papa que les defendió aparece como un anciano

tenaz, muy virtuoso, esto no puede negarse, pero sin prudencia; que no hizo sino irritar á sus adversarios por un intempestivo alarde de valor, comprometiendo á la Iglesia por una adhesion casi pueril á derechos ya caducos. Los Jesuitas eran, á su juicio, intrigantes, especuladores, poco menos que rebeldes, dignos de la muerte, y Clemente XIII por no haber sabido abandonarles oportunamente, estuvo á punto de perderlo todo. Por el contrario, Clemente XIV, tan valeroso y mas prudente, al herir á los Jesuitas lo salvó todo, y él es el gran Papa. Así hablan los enemigos de los Jesuitas, que, como es sabido, se hallan en todas partes. A su vez algunos de sus amigos creen de su deber no guardar consideracion al Papa que los condenó: y segun lo que dicen, en la conducta de Clemente XIV hubo bastante cobardía, y aun algo de criminalidad; pues olvidando que ese Papa bajo la presion mas cruel, resistió durante cuatro años, y, por decirlo así, hasta su muerte, no se detienen en arrojar sobre su conducta una sospecha de simonía.

Los Jesuitas no aceptan la responsabilidad de los extravíos de un celo que á tal punto llega. El P. Ravignan ha querido poner muy en claro las

intenciones de los dos Papas, que, constantemente animados del mismo deseo, se vieron obligados á seguir distinta conducta, el uno confiando en la fuerza del derecho, el otro en la habilidad de las negociaciones: el uno mas grande, el otro mas digno de lástima: el uno cumpliendo con heroismo todo su deber, el otro comprometido en un paso formidable, cediendo al fin, pero sin escederse de sus derechos y sin comprometer el porvenir.

No es difícil, guiado por la obra del P. Ravignan, encontrar la decision de la justicia sobre esta cuestion con tanta frecuencia subvertida y enconada.

I.

La destruccion de los Jesuitas fue el primer acto en que se manifestó ostensiblemente la conjuracion formada en el siglo XVIII contra el cristianismo y el órden social. Muchas gentes entraron en ella sin creer que iria tan lejos. El odio y los proyectos de los jansenistas diferian del odio y de los proyectos de los filósofos; los gobiernos se proponian otra cosa que los Parla-mentos; pero todos estaban de acuerdo para rebajar á la Iglesia, unos con el designio de despojarla y esclavizarla, otros con la idea secreta de destruirla para siempre.

Los Jesuitas formaban el cuerpo religioso mas activo, mas influyente, mas considerado; ascendian en número á veinte y dos mil, pertenecientes á las familias mas ilustres y mas respetables de Europa; ocupaban las cátedras, los confesonarios, las misiones; en todas las cien-

cias brillaba un Jesuita entre los hombres que mas las ilustraban. En medio de la relajacion general de las costumbres, relajacion ya entonces calificada de *progreso*, los Jesuitas habian conservado inquebrantablemente la ortodoxia, é irreprochables en cuanto á las costumbres, sometidos á las decisiones de la Iglesia, combatian sin descanso para hacerla respetar, rechazando todo lo que se separaba de ella, fueran las teorías filosóficas, fueran las ideas jansenistas, fueran, por último, los principios protestantes. Esas falsas doctrinas, hostiles entre sí, pero que encontraban en los Jesuitas un adversario comun, se volvieron unidas contra ellos. La misma coalicion hemos visto en tiempo de Luis Felipe: lo socialistas, los republicanos, los conservadores, enemigos jurados entre sí, se unian contra los Jesuitas, palabra que para ellos significaba otras muchas cosas. El *Nacional* les decia: *Lo único que se os debe es el destierro*: y el *Diario de los Debates*: *¿Qué nos importan vuestras virtudes si nos traeis la peste?* Por peste entendian la educacion cristiana de la juventud.

Voltaire, en el último siglo, creia que era de urgente necesidad curar á la Europa de esta

peste, y cada uno en su medida, jansenistas y parlamentarios, pensaban lo mismo. En casi todos los tronos católicos habia por entonces Reyes ineptos ó licenciosos, que dejaban el cuidado de los negocios á ministros malvados ó incrédulos. Se declaró, pues, la guerra á los Jesuitas, guerra sin justicia, y por consecuencia sin piedad; guerra cuyos escesos tuvieron por cómplices en la Europa entera á casi todos los depositarios del poder, y á todos los señores de la opinion.

Pombal empezó la persecucion, y las atrocidades que cometió, y que Voltaire, riéndose, encontraba demasiado terribles, lejos de sublevar las conciencias, escitaron en ellas una infame emulacion. Aun en nuestros dias, ese Pombal, ese hipócrita insolente y sanguinario, ha encontrado quien le escusara y hasta quien le manifestara admiracion. Un historiador de sus maldades ha alabado su gran carácter. Pombal recurrió á las mentiras, á los tormentos, á las hogueras, para arrojar á los Jesuitas de Portugal y de sus colonias. Mil ochocientos de entre ellos fueron encarcelados, desterrados, muertos, pero nunca juzgados; porque si Pombal habia encontrado verdugos, no se atrevió, á pesar

del terror que inspiraban , á buscar jueces. De ciento veinte y cinco Jesuitas encerrados en los terribles calabozos del Tajo por Pombal , no quedaban cuarenta á la caída de este; é interrogados sobre el crimen que se les habia imputado, no pudieron responder mas sino que setenta de sus compañeros encerrados al mismo tiempo que ellos, y sin duda por las mismas razones, se habian visto libres por la muerte.

En Francia los mismos jueces cometieron la iniquidad. Los Parlamentos informaron de oficio contra la Compañía de Jesus ; Choiseul les ayudó y les alentó; Mad. de Pompadour intervino en su favor. Luis XV, aunque con algun disgusto, y despues de haber tratado de resistir inútilmente á la voluntad de su ministro y de su querida, les dejó hacer lo que quisieron. El P. Ravnian trata de escusar á Luis XV. «Luis XV, dice, en medio de sus orgías, conservaba algunos instintos de honor y de fe, y personalmente no sentia ningun odio contra los Jesuitas.» A nuestros ojos es el colmo de la ignominia ver la injusticia, poder impedirla y dejar que se cometa. Para nosotros, entre todos los perseguidores de los Jesuitas inocentes, el mas culpable es incomparablemente ese Rey de

Francia que no los aborrecia, y que no habia perdido por completo el sentimiento de los reales deberes que gravitaban sobre él. Pombal era feroz; Choiseul era frívolo; Cárlos III estaba obcecado, y los demás eran un hato de ambiciosos corrompidos y de sectarios serviles, además de que todos iban á ganar en la empresa satisfaciendo su pasion y contentando sus deseos: solo Luis XV, viendo y desaprobando la iniquidad, llegó á ser cómplice en ella por libertarse únicamente del fastidio que le hubiera causado el tener una voluntad honrada y decidida.

Pombal daba cierto viso de justicia á sus persecuciones: acusaba á los Jesuitas de haberse separado de las leyes de su santo instituto. Los Parlamentos franceses, no encontrando nada que echar en cara á los Jesuitas personalmente, imaginaron juzgar y condenar al instituto mismo; lo que era añadir á la injusticia un ultraje intolerable para la Iglesia. Los incrédulos se reian de estas contradicciones tan degradantes para los tribunales como para los gobiernos. «Un cambio podia arreglarlo, decia Voltaire; »que se envíe á los Jesuitas de Francia á Portugal para observar su instituto, y á los de Portugal á Francia para no observarlo.»

Por último, á fuerza de connivencia entre los Parlamentos , muchos de los cuales se declararon contra los Jesuitas , segun dice De Brosses, presidente del de Dijon, «por no provocar conflictos,» y á fuerza de edictos obtenidos del Rey, no solamente se disolvió la Compañía, sino que se desterró de Francia á los religiosos. Segun los términos del edicto de 1764, debian abjurar el instituto, ratificar por juramento las odiosas calificaciones con que los anteriores edictos les habian marcado; y en caso de negativa, se les privaba de la pension de *cuatrocientos* francos concedida á su perjurio. Todos la rehusaron, aplicándoseles las prescripciones del edicto. «Debo salir del reino , escribia uno de ellos. He »pasado treinta y cinco años formando ciudadanos , y yo ceso de serlo; siéndome preciso á »los setenta de mi edad buscar un lugar de »asilo , y concluir en un país estraño una vida, »de la que he consagrado al servicio de la patria »cuarenta y dos años.»

Al trasmitir el ministro al embajador del Rey Cristianísimo en Roma el edicto que sancionaba tamañas atrocidades, le decia que «por mas de »que el Rey estuviera persuadido de que la con»servacion de la religion en Francia no dependia

»de la Compañía de Jesus, sin embargo, *conside-*
»*raba su asociacion útil al Estado y á la Iglesia,*
»*sea para la edificacion, sea para la enseñanza;*
»pero que *razones superiores*, fundadas en la
»tranquilidad pública, habian comprometido al
»Rey á esplicar sus intenciones como trata de
»hacerlo.» Esas *razones superiores*, por cuya
virtud millares de buenos y pacíficos ciudadanos
se vieron condenados á la miseria en el destierro,
estaban reducidas á la voluntad de Choisseul,
ratificada por la de la Pompadour. La tranquilidad
pública no exigia tal medida, y hasta el mismo
partido de los filósofos lo atestigua por la pluma
de Duclos.

«Si las operaciones del Parlamento de Paris,
»decia Duclos, no hubieran sido confirmadas
»por un edicto arrancado casi por fuerza al
»Rey, dudo mucho que los demas Parlamentos,
»escepto el de Ruan, hubieran seguido su
»ejemplo. No temo asegurar, y he visto las co-
»sas muy de cerca, que los Jesuitas tenian y
»tienen aun mas partidarios que enemigos. La
»Chalotais y Monclar han dado únicamente im-
»pulso á sus Compañías, y en las otras ha sido
»necesario echar mano de otros muchos resor-
»tes. Hablando en términos generales, las pro-

»vincias echan muy de menos á los Jesuitas, y
»volveria á véseles en ellas con gran satisfac-
»cion.»

Los Borbones de Italia tenian ministros im-
buidos en esa impiedad italiana, sin rival en
cuanto á malignidad. El ejemplo de la Francia
les iba seduciendo, y una persecucion mas brut-
tal todavía que la de la Francia, les permitió
atreverse á todo.

D. Cárlos de Borbon, Rey de España, era, di-
ce el P. Ravnian, «un príncipe sinceramente
»cristiano, virtuoso y celoso del bien; pero á
»quien la misma naturaleza de su carácter no
»ponia en guardia contra influencias engaña-
»doras.» ¡Dios preserve á los pueblos de esos
buenos Reyes que confian en ministros perversos!
El ministro principal de Cárlos III era el
conde de Aranda, á quien los filósofos de la
época consideraban como al único hombre del
que por entonces pudiera enorgullecerse la Es-
paña. «Él es, escribian en alabanza suya, quien
»ha querido hacer grabar en el frontispicio de
»todos los templos una lápida que contuviera los
»nombres de Lutero, Calvino, Mahoma, Gui-
»llermo Penn y Jesucristo.» Sea dirigido por
los consejos de ese ministro *tolerante*, sea por-

que lo hubiese resuelto por sí mismo, es lo cierto que Carlos III estaba decidido á deshacerse de los Jesuitas.

El 2 de abril de 1767, el mismo dia, á la misma hora, al Norte y al Mediodía, en Africa, Asia y América, los gobernadores generales de las provincias y los alcaldes de los pueblos abrieron unos despachos cerrados con el mismo triple sello. El contesto de esos despachos era el mismo: se ordenaba á los gobernadores y alcaldes, bajo las penas mas severas, se dice que hasta bajo la de muerte, trasladarse á mano armada á las casas de los Jesuitas, cercarlas, arrojarlos á ellos de los conventos trasportándolos en calidad de presos á tal ó cual puerto ya de antemano designado. Los cautivos debian ser embarcados en el momento, dejando sus papeles bajo sello y sin que llevaran consigo mas que el breviario y las ropas. Esta órden se ejecutó en todas partes al pie de la letra. «El arresto y embarque se hicieron con una precipitacion *necesaria acaso*, pero bárbara. Diez mil sacerdotes próximamente, de todas edades, hombres de ilustre nacimiento, doctos personajes, ancianos achacosos, privados de los objetos mas indispensables, fueron conducidos á

»la bodega de un buque, que se dió á la vela
»sin objeto determinado ni dirección precisa.»
(Saint-Priest, *Hist. de la caída de los Jesuitas.*)

Este acto salvaje llenó de estupor al mundo entero con tanta mas razon, cuanto sus motivos permanecieron ignorados, habiendo el Rey juzgado oportuno reservarlos en el fondo de su real corazon. Los filósofos, aunque agradablemente sorprendidos al ver que la monarquía cargaba con tamaños crímenes, temieron que tal abuso de poder escediera su objeto. Voltaire escribia á D'Alembert: «¿Qué me decís del Rey de España que arroja tan bruscamente á los Jesuitas? Aunque, como yo, estareis persuadido de que para ello ha tenido escelentes razones, ¿no pensais que hubiera hecho bien en decirlo y no reservarlas en su *real corazon*? ¿No creeis que se debia permitir á los Jesuitas justificarse, sobre todo sabiendo que no pueden justificarse? Por último, ¿no os parece que se podia hacer con mas razon una cosa tan razonable?».

La razon que Voltaire hubiera querido conocer, otros muchos la han buscado inútilmente: el Rey de España la llevó al tribunal de Dios. Se hacen hipótesis mas ó menos ingeniosas.

Cárlos III, se dice, se habia dejado persuadir por una infamia de sus ministros, de que los Jesuitas se proponian atacar la legitimidad de su nacimiento y el honor de su madre, princesa que siempre les habia protegido. M. de Ravignan acoge esta especie.

Pero Voltaire habia hecho demasiado honor á la humanidad de los jansenistas, de los libre-pensadores y de los parlamentarios de Portugal, de Francia y de España. La persecucion española no produjo en ellos ninguna reaccion de humanidad ni de justicia. Por un nuevo edicto, el Parlamento de Paris ordenó que los Jesuitas que no hubieran prestado los juramentos exigidos, salieran del reino en el término de quince dias. Se les llamaba en él los *ci-devant*, los *soi-disant* Jesuitas; algunos años despues se ha dicho los *ci-devant*, los *soi-disant* nobles. En ese edicto se suplicaba al Rey lo hiciera general para todo el reino, alejando á todos los Jesuitas de su persona y de su familia. La corte obedeció, llevándose el edicto á ejecucion. Los Papas han ordenado con frecuencia á los Reyes despidieran á sus concubinas; las Asambleas nunca les han hecho despedir sino á confesores y á religiosos.

En Portugal, Pombal, no teniendo ninguna

otra cosa que hacer, se atrevió á reclamar del Papa la estincion total de la Compañía de Jesus.

Los italianos á su vez se abandonaron á sus deseos. Los Jesuitas fueron arrojados de Nápoles, de Malta, de Parma, y echados en las fronteras de los Estados-Pontificios sin víveres y casi sin ropa. El embajador francés en Roma habia aconsejado se empleara esa táctica para obligar al Papa á suprimirlos ya que no podia mantenerlos.

Al fin del año 1768, la destruccion de la Compañía se habia realizado en todos los Estados de la casa de Borbon, á pesar de los deseos de los fieles, á pesar de las advertencias de los Obispos, á pesar de las protestas del Papa. Esa destruccion se llevó á cabo sin apariencia siquiera de justicia, y hasta, salvo en Francia, sin sombra de juicio; pero en todas partes con la misma barbarie, con la misma iniquidad. En todas partes tambien la espoliacion coronó la obra de la persecucion, y los gobiernos, dignos precursores del Comité revolucionario de *Salvacion Pública*, se apoderaron de los bienes de las víctimas. Pero las pasiones no estaban satisfechas aun, y por medio de una violencia inaudita ejercida sobre la Santa Sede, iban á exigir que ese institu-

to religioso, en el que no se podia encontrar un crimen, fuera borrado del libro de la Iglesia por la mano del Vicario de Jesucristo. Quiso esto, lo obtuvo, y esta fue la última victoria de la raza de San Luis.

Solo faltaban veinte años para el primero de la revolucion, para 1789.

Apartemos nuestras miradas del espectáculo de los verdugos; levantémoslas hasta las víctimas. No hablo aquí de la Compañía de Jesus; habia una víctima aun mas augusta, mas santa, mas desolada; habia un hombre cuyo corazon se hallaba atravesado mas profundamente por estas flechas salvajes y que bebia mas amargamente el cáliz sin cesar lleno que le presentaban unos despues de otros todos esos malvados. Ese hombre era el Sumo Pontífice. Tenia de Dios la mision de guardar la justicia y de defender á los oprimidos, y su alma se hallaba á la altura de su mision. Padre de la familia cristiana, á toda ella amaba entrañablemente. El celo por la justicia no le impedia sentir aun mas angustias por los que hacian el mal que por los que sufrían sus consecuencias; porque si estos últimos iban al martirio, los primeros iban al castigo. Que el Sumo Pontífice combata bajo el nombre

de Clemente XIII, ó ceda bajo el de Clemente XIV, él es siempre la gran víctima, la víctima que el arte deberá necesariamente velar, porque no hay espresion digna de su dolor incomparable.

II.

¶ Clemente XIII, célebre por su ciencia y su virtud fue electo el 6 de julio de 1758; era Cardenal desde 1737, y Obispo de Padua desde 1743. La eleccion del Sagrado Colegio recayó en él despues que la Francia hubo hecho escluir con estrépito al Cardenal Cavalchini, como sospechoso de ser demasiado favorable á los Jesuitas y de haber votado por la canonizacion de Belarmino.

La Compañía de Jesus habia ya sido herida en Portugal, y el nuevo Pontífice conocia la disposicion de ánimos que dominaba en las cortes de Europa. Sin embargo, la lucha parecia todavía posible; debia por lo tanto ser emprendida. Clemente XIII la empezó en el momento con valor, pero no con impetuosidad, ni tampoco, como se ha dicho, sobre el solo asunto de los Jesuitas. Su accion fue mesurada y pacien-

te, y aunque se le habia hecho saber cuál era el estado de cosas de Portugal, guardaba silencio estudiando ante Dios el modo de hacer llegar la razon á un enemigo apasionado. Pombal le provocó pidiéndole que ratificara sus tiránicos escesos. La paciencia de Clemente no se desmintió á pesar de esto, contestando que el Rey de Portugal debia dar jueces á aquellos á quienes acusaba. Pombal no podia ni queria que hubiera jueces; queria deshorrar á la Santa Sede, obligándola á que consagrara una injusticia; y dijo, por lo tanto, que las pretensiones de la corte romana eran injuriosas para el Rey de Portugal.

Entre tanto, la verdad aparecia radiante por todas partes. Si el Papa hubiera podido dudar de que los Jesuitas eran irrepreensibles, las cartas que le escribian los Obispos de la Península y de todas partes del mundo le hubieran convencido de ello. Se le encontraba demasiado calmoso, demasiado prudente; y muchos Obispos le advirtieron vivamente que se trataba de la causa de la Religion; que los enemigos de la Compañía de Jesus eran tambien en mayor escala enemigos de la Iglesia. Estos gritos de alarma parecian inspirados por el temor de que

faltara al Pontífice la firmeza. Un breve dirigido al Obispo de Constanza respondió á esas advertencias.

«Con el amparo de Dios, decia el Papa, ninguna solicitacion, ni súplica, sea pública, sea privada, nos hará faltar á los deberes de nuestro ministerio en las comunes necesidades de la Iglesia, ó en las aflicciones particulares de nuestros queridos hijos los miembros de la Compañía de Jesus. Nos ponemos nuestra confianza en Aquel que manda á la mar y á sus tempestades.»

Esta declaracion motivada por las reclamaciones del episcopado, fue el programa del Pontificado de Clemente XIII. Añadamos que habia llegado ya á ser necesaria. Los perseguidores esplicaban altamente el silencio del Jefe de la Iglesia, tomándolo por una aprobacion tácita de sus obras y de sus designios. ¡Táctica bien conocida y con frecuencia empleada! Poco despues dijeron que el Papa desafiaba al espíritu del siglo, á la opinion de los pueblos y al poder real.

El Papa, sin embargo, nada habia hecho aun respecto á Portugal, longanimidad que irritaba á su ministro, quien queria romper con la Santa

Sede; pero que por no chocar con violencia con los sentimientos del pueblo, aun entonces profundamente católico, queria que el rompimiento pareciera salir de Roma mismo. Pronto creó brutalmente el pretesto que le faltaba, y bajo el pretesto de que el Nuncio habia incurrido en una omision de etiqueta respecto del Rey, lo hizo coger y arrojar fuera del reino.

Aun á esta injuria terrible y á otras muchas que la siguieron, resistió la paciencia de Clemente XIII. Los proyectos de Pombal no se ocultaban ya á nadie; marchaba derecho al cisma. Llenó de protestantes la Universidad de Coimbra; dejaba introducir y traducir los escritos mas incendiarios de los filósofos franceses, y encarcelaba á un Santo Obispo que habia prohibido el poema obsceno de Voltaire. Tenia, en fin, indudablemente, el designio de corromper y de pervertir á la nacion. Clemente XIII, por su parte, queria salvar á ese pobre pueblo, y sus esfuerzos por conseguirlo fueron constantes. Escribia al Rey las cartas mas conmovedoras: «Animado de un pensamiento que creemos venir de arriba, decia, Nos nos hemos decidido á hacer, por decirlo así, una irrupcion en vuestra alma de hijo por la violencia de nuestro

»amor paternal, á fin de volver á traer, por la
»bendicion de Dios, á Vuestra Real Majestad á
»las buenas relaciones antiguas.» Pero el liber-
tinaje habia embrutecido á ese príncipe. Cle-
mente XIII no se desdenaba ni aun de escribir
al mismo Pombal, citándole estas palabras de
la Escritura: *Ten piedad, hijo mio, de la ancianidad de tu padre, y no le aflijas en los últimos dias de su vida.* Pombal obligó al Rey á responder insípidas injurias haciéndole firmar la frase de que las cartas del Papa «salían de una oficina de obrepcion y de subrepcion.» La correspondencia de los Reyes de esta época con el Soberano Pontífice, es notable por un sello de orgullo tan necio como grosero; la de los ministros entre sí es innoble, y creeríase al leerla que se trataba de malhechores que aplaudian el éxito de sus complots en un lenguaje digno de sus sentimientos. Nada puede compararse con la brutalidad de Pombal, que devolvió un dia al Papa una de sus cartas, haciéndole escribir por el Rey que no era posible procediese de un Pontífice tan santo y tan venerado. Indudablemente habia algo del maton de taberna en ese tirano, que por otra parte es ciertamente el cortesano que mas se ha parecido á los

descamisados de la Revolucion. Durante die años estuvo desgarrando con sus uñas venenosas el corazon del Soberano Pontífice, é insultando á esa majestad paternal; y así es cómo prolongó el rompimiento, á pesar de las quejas del pueblo, primero tímidas, despues públicas y generales, dice Saint-Priest, uno de los admiradores del ministro. Por fin, hasta el mismo Rey espresó su descontento, cediendo Pombal aunque de mala gana.

Las relaciones con Roma se restablecieron bajo Clemente XIV; pero el mal estaba hecho, y era irreparable. La fecha de este rompimiento es tambien la de la rápida decadencia de Portugal. Los admiradores de Pombal no quieren considerar los resultados históricos de lo que admiran. En 1750 Portugal era un Estado floreciente, considerado en Europa, poderoso en las Indias: hoy se sabe lo que ha llegado á ser en las Indias y en Europa. Ya no tiene misioneros, ni navegantes, ni ciudadanos; pero tiene en cambio periodistas, oradores de tribuna, soldados de partido, en tanto que sufre indeciblemente con la llaga de las revoluciones mas incurables allí que en ninguna otra parte. Pombal perdió á ese pueblo corrompiendo su savia

católica. Clemente XIII le hubiera salvado.

En el mismo momento en que el Papa veía á Portugal salir del rango de las naciones católicas, la Francia vino á aumentar su angustia. Se le pidió por de pronto que modificara, ó mas bien, que destruyera la Compañía, nombrando un Vicario del General para la Francia. La debilidad de carácter de Luis XV habia sugerido este expediente; la firmeza de Clemente XIII le rechazó, y se cree que entonces fue cuando pronunció una palabra valerosa, imputada con frecuencia como una exclamacion de orgullo al General de la Compañía: *Sint ut sunt, aut non, sint*: que sigan siendo lo que son, ó que desaparezcan. Esta era tambien la opinion de todos los Obispos del mundo, y particularmente la de los de Francia; porque Clemente XIII, aunque sin experimentar la menor duda sobre la plenitud de su autoridad, acogió los consejos del episcopado, escitándole continuamente á que se los presentara. El Papa, pues, representó oficialmente al Rey que la consecuencia de la mutacion propuesta seria la inevitable disolucion de un cuerpo tan útil á la religion, principalmente á causa de su completa dependencia del Jefe de la Iglesia; dependencia, añadía, que nunca, ni

en ningun reino , ha turbado la tranquilidad, y que solo es temible para los malos.

Clemente XIII se aprovechaba de todas las circunstancias para repetir sus consejos y sus exhortaciones, escitando á los Obispos á que se dirigieran al Rey, suplicando al Rey que escuchara á los Obispos, que favoreciera la causa de los inocentes, que era, mas aun que la causa de estos, la causa de la religion y de la sociedad. Su fe le inspiraba amenazas proféticas. «Temed, »decia , que el mismo Jesucristo no venga á su »Iglesia ultrajada: *no existe ningun peligro que »no se deba temer en el mundo.*» Pero , ¿podia acaso alguna palabra en el mundo despertar la conciencia de Luis XV?

Ante ese Rey que abandonaba sus deberes, el Papa no quiso olvidar los suyos. Entre todos los soberanos convertidos unos en perseguidores, otros dispuestos á serlo, los demas indiferentes, el Papa resolvió sostener los derechos de la Iglesia, y ya que no pudiese salvar la vida ó la libertad de los justos oprimidos , salvar al menos su honor. Consuela el alma ver en medio de una guerra tan desgarradora la perseverante magnanimidad de ese santo anciano. Atacado por todas partes á la vez, invencible por la pa-

ciencia, por la mansedumbre, por el valor, hace frente á todos los peligros; su voz se levanta para animar, para orar, para reprender, para castigar; tierno y casi agradecido para aquellos que cumplen con sus deberes, dulce para los que pecan por debilidad, terrible para los que pecan por maldad de corazón.

Los jansenistas habian forjado el célebre libelo titulado *Estracto de las aserciones*, en el que se acusa á los Jesuitas de haber enseñado y cometido todos los crímenes; y por edicto del Parlamento se habia enviado este libro infame á todos los Obispos. Clemente XIII lo condenó, condenando tambien una instruccion pastoral de Fitz-James, Obispo de Soissons, que se habia atrevido á recomendar su lectura; y contentándose con amonestar secretamente á otros dos Obispos, los únicos con Fitz-James que al parecer se hubieran colocado de parte de los Parlamentos. La misma dulzura empleó con respecto al Provincial de los Jesuitas de Paris, que sin consultar al General y sin consultarse á sí mismo, firmó, con la vana esperanza de amortiguar la persecucion, el compromiso de enseñar los cuatro artículos de 1682, debilidad por lo demas gloriosamente rescatada poco tiempo despues.

No llegaron á cinco de cuatro mil que eran los Jesuitas los que consintieron en prestar el juramento que se exigió de ellos para permitirles permanecer , no en sus casas, sino en su patria.

Cuando por último los Parlamentos consumaron la iniquidad, condenando á la Compañía de Jesus como á un instituto *irreligioso é impío*, el Papa, prescindiendo ya de toda consideracion humana, condenó á su vez esa sentencia injustísima. En presencia del Sagrado Colegio, declaró *vanos, sin fuerza y sin ningun efecto*, los edictos por medio de los que los magistrados seculares intervenian en el gobierno de las almas reprobando lo que la Iglesia habia aprobado. Para que no se ignorase su decision, la dió á conocer á los Cardenales franceses. «Despues de haber esperado largo tiempo, les dijo, con dolor, con humildad y con paciencia, y recurriendo á los medios mas dulces para evitar ese golpe funesto, he debido por fin vengar á la Iglesia.»

A la Iglesia era en efecto á la que los Parlamentos acusaban y difamaban; puesto que por el órgano de los Papas y del Concilio de Trento, la Iglesia habia autorizado, alabado y bendecido, durante dos siglos, el Instituto al que los

Parlamentos acusaban de impiedad. Pero el Sumo Pontífice no vengaba solamente á la Iglesia. Siguiendo el ejemplo de todos los Papas que han sostenido combates de este género, ponía á salvo la libertad de la conciencia cristiana. ¿Dónde estaria ya el mundo si hubiera sido dado á los poderes seculares juzgar sobre tales materias, decidir sobre los medios de salvacion, decretar que este ó el otro género de vida es santo, y que otro tercer género no lo es? El Papa no se escedió de sus derechos; su repression era legítima, oportuna, necesaria. ¿Son estos los actos de fanatismo que se echan en cara á Clemente XIII? Todos los Papas hubieran obrado lo mismo en su caso; la libertad cristiana lo consigna en sus anales, y Dios lo ha revalidado. Cuando del Vaticano descenden actos de ese género, como el rayo descende del cielo, el error al que hieren, la pusilanimidad á la que embaraza, el sofisma al que desconciertan, y el orgullo al que anonadan, se unen para protestar, los unos contra el derecho, los otros contra el uso de ese derecho; pero Dios no atiende á esas protestas, sino que ratifica visiblemente, en el tiempo fijado, esos decretos siempre injuriados y siempre inquebrantables. ¿Qué son hoy los

edictos de los Parlamentos? Una mancha en la historia de esta magistratura. Lo que subsiste es el decreto pontificio que les declaró «*vanos, sin fuerza y sin ningun efecto.*»

Clemente XIII tenia la prevision , hablemos con mas propiedad, la certidumbre del resultado. La confianza en el triunfo de la justicia, templaba en su alma la angustia de los castigos á que marchaba el mundo; y esa confianza se engrandecia con los peligros, hasta con los furros que veia multiplicarse y exasperarse á su alrededor. El Parlamento dió edictos de proscripcion aun mas crueles que Luis XV al sancionar tan cobardemente como los primeros por su edicto calificado á su pesar de *irrevocable*, mandó que para nada se mentasen en todo el reino. El Parlamento pretendió imponer el mismo silencio al Papa, y escribió al embajador de Francia en Roma: «*Por celo por la Religion*, y por benevolencia hácia los Jesuitas, »Su Santidad debe prescribirse á sí mismo el »silencio que el Rey ha ordenado que se guardara en sus Estados.» Al Papa le pareció por el contrario que ese era el momento de hablar; publicó la Bula *Apostolicum*, en la que, por el honor de la Iglesia injuriada, por

la salvacion de la inocencia oprimida , por la gloria del Dios de justicia , por el consuelo de su corazon de padre , y , en fin , por la justa satisfaccion de sus hermanos los Obispos del mundo católico—que llenan la mision que les fue confiada por Dios, mision que á toda consideracion humana se sobrepone , —aprueba y confirma el instituto de la Compañía de Jesus.

La Bula *Apostolicum* fue un gérmen de resurreccion colocado en una tumba abierta muy de antemano; tuvo ademas, como todos los actos de Clemente XIII, un efecto inmediato, muy importante en esta época desgraciada : la energía del Sumo Pontífice levantó ó robusteció los ánimos espuestos á ceder. Fortificados por ese gran ejemplo, los Obispos se prepararon á sostener los asaltos mas rudos. Fija la mirada en el cielo, vieron venir la tempestad, conocieron qué mano la enviaba, y no les cogió de sorpresa. Durante esos años de respiro , ya llenos de tormentas y de truenos sordos, se formaron los confesores y los mártires, cuya constancia debia salvar la civilizacion católica.

La vigilancia de Clemente XIII no se desmintió un solo instante, apareciendo siempre

de pie sobre esa cima desde la que su mirada, abrazando al universo, veía en todas partes á los poderes humanos conjurados contra la Iglesia de Dios. Todos los dias, y, por decirlo así, todas las horas del dia, se declaraba un nuevo enemigo, al paso que un enemigo antiguo se mostraba mas implacable. Vió nacer en Alemania, protegidos hasta por el mismo poder episcopal, la secta de los Febronianos «que ocultaban su perfidia bajo la máscara de la piedad, anonadando la autoridad del Sumo Pontífice, bajo el pretesto de atraer con esta condescendencia á los heterodoxos á la unidad católica; condescendencia maravillosa en virtud de la cual no son los herejes los que se convierten, sino los católicos los que se pervierten (Bullar).» Vió á la España, pais con el que habia contado, esceder en un solo golpe á la Francia y al Portugal; vió á Nápoles imitar á la España, arrastrando á Malta donde dominaba un órden religioso; vió á Parma feudataria de la Santa Sede y vió á Venecia, su patria, seguir la misma via de rebelion y de defeccion; vió, en fin, á la poderosa casa de Borbon, establecida en cuatro reinos, tomar las armas contra su heróica debilidad, apoderarse de Aviñon, de Benevento y de Ponte-

Corvo, tratando de obligarle por esos medios á él, Pontífice soberano, á que se escusara con el duque de Parma, á quien habia reprendido en virtud de su doble autoridad espiritual y temporal.

Estas crueldades no le abatieron, no le separaron de la causa de la justicia; y continuó hablando como si contase con la obediencia del mundo entero. Su digno ministro Torregiani escribía á los Nuncios: «Las violencias no le impedirán recordar á los Reyes sus hijos cuál es su deber.» El filósofo Duclos da testimonio de esta calma, cuya causa se escapaba á su comprensión. Había visto en Roma al Cardenal Torregiani. «Cuando no puede negar, dice Duclos hablando del ministro, las pérdidas de autoridad que la corte de Roma sufre todos los días entre las potencias católicas, responde: *Nosotros tenemos la palabra de Jesucristo: la Iglesia es inquebrantable.*» Por supuesto que Duclos compadecía sinceramente, en su cualidad de filósofo, tan exagerado fanatismo.

Clemente XIII se hallaba en los 76 años de edad, contando ya once su laborioso pontificado; y seguramente los Reyes, que hacia once años le estaban causando tantas angustias, po-

dian esperar llegara el dia de su muerte; pero prefirieron apresurarla.

A principios del año 1769, sus embajadores pidieron la supresion de la Compañía de Jesus al Papa, que habia publicado la Bula *Apostolicum*. El embajador de España dió el primer golpe; Clemente XIII le manifestó noblemente su sorpresa y su dolor; los de Italia y Francia se le presentaron en seguida; los despidió por toda contestacion. La Memoria remitida por el embajador de Luis XV, terminaba así: «Esta petición debe de ser tanto mas favorablemente
»aceptada por nuestro Santo Padre el Papa,
»cuanto se la dirigen tres monarcas igualmente
»ilustrados y celosos por todo lo que se refiere á
»la prosperidad de la Religion, á los intereses de
»la Iglesia romana, á la gloria personal de Su
»Santidad y á la tranquilidad de todos los Estados cristianos.»

¡Cuánto no afectaria al ya afligido y sincero corazon del Pontífice una hipocresía tan repugnante!

«Su Santidad, escribia Torregiani, no puede
»comprender cómo las tres cortes tienen el
»triste valor de añadir á todos los dolores que
»ya le afligian un nuevo dolor, sin mas objeto

»que el de atormentar mas y mas su alma.» Y el Cardenal Negroni decia á los mismos embajadores: *Este último paso abrirá la tumba al Pontífice.*

En efecto, la siguiente semana Clemente XIII sucumbió de repente, al finalizar un dia empleado en el ejercicio del ministerio pontifical y en la oracion: sucumbió como esos héroes que no cuentan sus luchas, y á los que la muerte no puede arrebatarse sino de pié y cubiertos con sus armas. El dia último de su vida fue el 2 de febrero, fiesta de la Purificacion. Clemente XIII habia bendecido y distribuido por último acto pontifical los cirios, segun el ceremonial de esa fiesta: los cirios, bello símbolo de la llama santa que le habia animado, y que trasmitia al morir, sin temer que el mundo tuviera bastantes tempestades para apagarla. Esa llama habia legado hasta él á través de diez y siete siglos tempestuosos; él la trasmitió á sus sucesores en el momento en que los vientos contrarios iban á desencadenarse nuevamente con mas violencia que nunca; y sin embargo, esa llama es aun la luz del mundo.

La gran figura de Clemente XIII ha podido comunicar algunas inspiraciones sublimes al ge-

nio afeminado de Cánovas. Sobre la tumba del ilustre Pontífice, obra maestra, lamentable dajo ciertos puntos de vista, Cánovas ha figurado dos leones que pintan bien ese dulce é indomable carácter. Uno de los leones derrama lágrimas enérgicas y tiernas de esas que la ofensa tiene algunas veces el privilegio de arrancar á la bondad desconocida y al derecho impotente: el otro leon, en una actitud de calma augusta, espera sin ardor y sin miedo que suene la hora de la victoria ó de la muerte. Bajo este doble aspecto es como los contemporáneos de Clemente XIII le han contemplado, igualmente sorprendidos de la energía y de la paciencia del Pontífice, que de su propia admiracion. Han dicho que era un Papa de la Edad Media, perdido en un siglo de la nueva. En un sentido los que eso han dicho se han equivocado: Clemente XIII fue un Papa de todas las edades, es decir, el guardador de la justicia y de la verdad, un Papa que usó, segun la sabiduría inspirada por Dios, de los derechos que se le habian conferido, para defender tan sagrados objetos. El humilde Pío VII, un pobre fraile, supo resistir á un adversario que él solo era mas temible que lo que lo fueron en 1769 todos los Reyes. Y en nuestros dias,

tan amenazadores aun , aunque embellecidos inesperadamente, Gregorio XVI y Pio IX, en presencia de las sediciones y de las revoluciones, de las sectas y de las herejías, de las empresas políticas y de la incredulidad, han sido y son tambien unos Papas de la Edad Media. Su fe es la misma, hablan el mismo lenguaje, se dirigen á conseguir el mismo objeto; son como los de esa Edad, el apoyo de los Obispos perseguidos, y el obstáculo ante el que retroceden, se detienen ó se desvian los enemigos de la Iglesia.

Ahora veremos si el Papa Clemente XIV tuvo ó no tuvo ese carácter comun á los Vicarios de Jesucristo.

III.

Como hemos visto, el plan de la destrucción de los Jesuitas se había concebido en las cortes en tiempo de Clemente XIII. Las cortes en el fondo comprendían que la opinión estaba conmovida con los abusos de poder respecto de esos religiosos; y que si el Papa á su vez las hería, llegarían á encontrarse hasta cierto punto al menos justificadas. Por lo demás, no ignoraban que era escusado pensar en obtener buenamente el llevar á efecto tal medida; no ignoraban que era preciso *arrancarla*. Choiseul escribía á Aubeterre: «Nada conseguiremos de »Roma en este Pontificado; el ministro es demasiado terco, y el *Papa demasiado imbécil*. Es »preciso limitarse á seguir los negocios corrientes con una verga de hierro, para oponerla á la »cabeza del mismo metal que gobierna la Santa

»Sede. Despues de este Papa, trataremos de tener uno que convenga para el caso.»

La historia del Cónclave que dió un sucesor á Clemente XIII es muy complicada y muy delicada para que la contemos en este lugar. El P. Ravignan la espone con la claridad que reina en todo su libro; y, á Dios gracias, esa exacta noticia de la eleccion hace ver que la parte del mal fue en ella muy inferior á la del bien. Ciertamente las potencias por sus embajadores y por las hechuras que tenian hasta en el seno del Sagrado Colegio, multiplicaron los atentados contra las santas reglas del Cónclave y contra la libertad de la Iglesia. Abusando de un favor concedido antiguamente por el bien de la paz, escluyeron á todos los Cardenales que parecian amantes ó simplemente favorables á los Jesuitas, cansando á los electores por sus intrigas. Pero á pesar de eso, cuando el nombre de Ganganelli salió del escrutinio, se encontraron en frente de lo desconocido.

Se ha hablado de contratos empezados á celebrarse y de compromisos ya adquiridos. Es cierto. El Rey de España, por medio de su embajador Azpuru, de quien hizo despues un Arzobispo, se atrevió á querer poner la tiara á precio;

pero los Cardenales de las mismas coronas rechazaron ese pensamiento como imprudente , y sobre todo como infame. El napolitano Orsini y el francés Bernis se hallaban en el número de los celosos; y sin embargo , el primero escribia al segundo : «Persisto en sostener lo que se ha »convenido: sois Arzobispo , y yo soy sacerdo- »te; no podemos tratar de hacer un Papa simo- »niaco.» En cuanto al billete en forma de consulta canónica, segun el cual se supone que el Cardenal Ganganelli decia que el Papa podia en conciencia abolir la Compañía de Jesus , diremos: Primero, que este , en todo caso , no seria un acto de simonía , siendo evidente el derecho del Papa para decretar esta supresion, que acaso ante la conciencia podia parecerle un deber; y segundo , que no solamente este grave documento no se ha presentado , sino que, lo cual basta para convencer que jamás ha existido, nunca se ha hecho mencion de él en las correspondencias que cambiaban entre sí los agentes de los gobiernos, correspondencias en las que se decian todo lo que tenian que decirse con la grosera familiaridad que ya hemos visto. En un tiempo en que su astucia buscaba y encontraba los medios mas capaces de imponer por fuerza

su voluntad al Santo Padre , ni siquiera aluden á ese medio, que hubiera sido decisivo. Durante cuatro años esperaron, en un verdadero delirio de odio y de orgullo , el triunfo que el Papa rehusaba siempre otorgarles. Y de ser verídico el hecho , preguntamos nosotros : ¿ hubieran concedido tan largo plazo á un cómplice , y el Papa en ese caso hubiera consentido en pedirle ó tomarle?

Ganganelli, buen sacerdote y buen religioso, pero á causa de su origen oscuro y de su pobre condieion, personaje muy poco importante hasta el último dia del Cónclave, se hallaba incluido en el pequeño número de los Cardenales que las coronas no habian juzgado necesario separar de la eleccion. Sea porque se le juzgara de un carácter dócil é incapaz de resistencia, sea porque se creyera que á su juicio la resistencia era menos necesaria, sea, en fin, porque las Coronas no podian separar á todo el mundo, fue elegido. En efecto , restringida como habian dejado la eleccion de los electores, no quedaban, separando á Ganganelli , sino hombres á quienes el mayor y mejor número de los Cardenales no hubieran nunca consentido en dar su voto. Ganganelli fue, pues, elegido por unanimidad.

Tan complicada y tan peligrosa para toda la Iglesia era la situacion hacia largo tiempo , que un alma recta y piadosa podia poner en la balanza hasta los estrictos intereses de la justicia, admitiendo la idea de una transaccion sobre bases que ella misma hubiera rechazado en otro tiempo. En todas las grandes crisis aparecen caractéres apropiados á estas transacciones penitenciaras, caractéres que se persuaden de que podrán arreglarlo todo, obteniendo alguna cosa de todo el mundo: ilusion por otra parte tan natural , que en estos casos siempre llega un momento en que los partidos mas contrarios aparentan ceder en sus pretensiones. Los *celosos*, formados en la austera escuela de Clemente XIII, y que querian rehusar todo á las Coronas; los hombres de partido que querian cederlas todo; y los políticos que creian necesario concederlas alguna cosa, cayeron de acuerdo sobre el nombre de Ganganelli, en quien nadie, hasta los últimos dias del Cónclave , habia pensado seriamente. Solo el bienaventurado Pablo de la Cruz , amigo de Ganganelli , habia profetizado cuál seria el resultado del Cónclave.

Ganganelli era bueno, sabio y de costumbres puras, pero era irresoluto y acaso tímido. La

presion de las potencias se hizo sentir muy pronto de un modo ofensivo, y apenas habia llegado á esperar conseguiria fácilmente algun arreglo, cuando se empeñaron en quitarle hasta esas horas de ilusion. Las felicitaciones de los soberanos con motivo de su advenimiento contenian ya algunas amenazas. Los embajadores tuvieron órden de seguir activamente el asunto de la abolicion. Choiseul, que se figuraba no faltar á la cortesania respecto al Santo Padre, deseaba que se le dieran dos meses de término para decidirse. El Cardenal Bernis era el encargado de conducir á buen término la empresa como embajador. «Vuestra Eminencia, le escribió Choiseul, abogará por el éxito de su pretension con el celo, la actividad y la fuerza de que es capaz; pero le prevengo que pasado el término, no se podrá impedir que los soberanos rompan *estas comunicaciones con un Papa que nos entretiene ó que nos es inútil.*»

El principal móvil de esta pasion, la causa de esta insistencia implacable no era otra para Choiseul que la vanidad. Mas tarde escribia á Bernis: «*Yo no sé si ha hecho bien en espulsar á los Jesuitas de Francia y de España: y creo de todos modos que se ha hecho mal*, una vez despedi-

»dos ya esos frailes, intentar en Roma una pre-
»tension estrepitosa con el objeto de conseguir
»la supresion de la Orden. Lo que sé es que se
»ha intentado; lo que sé es que los Reyes de
»Francia, España y Nápoles se hallan en guerra
»abierta con los Jesuitas y sus partidarios. ¿Se-
»rán ó no serán estos suprimidos? ¿Conseguirán
»los Reyes sus deseos? ¿Obtendrán los Jesuitas
»la victoria? *No se puede, en verdad, mirar este*
»*cuadro sin ver toda su indecencia*, y si fuera
»embajador en Roma, me avergonzaria de ver
»que el Padre Ricci era el antagonista de mi se-
»ñor.» Así hablaba este ministro filósofo, dis-
»puesto á soportar muy pronto tan filosóficamen-
»te la *indecencia* de ver á los Reyes del Norte
»repartirse la Polonia á las barbas de su *señor*,
»detentador de Aviñon. Bernis, príncipe de la
»Iglesia, le respondia:

»«Parto del principio en que nos encontramos.
»Es preciso que los Reyes de Francia y de Es-
»paña ganen la batalla que han empeñado con
»el General de los Jesuitas. El Papa solo es quien
»puede hacérsela ganar, y se trata de decidirle
»á que lo haga. Es Obispo, debe seguir las for-
»mas canónicas, cuidar del clero y de su mis-
»ma reputacion. Es príncipe temporal y se halla

»obligado á guardar consideraciones con las
»cortes de Viena y de Turin, y tambien con la
»Polonia. Todo esto pide tiempo.»

Si solo del tiempo se hubiera tratado, Bernis lo hubiera concedido gustoso. Era mas frívolo que malvado; no aborrecia á los Jesuitas, y amaba casi al Papa, cuyas angustias le conmovian; pero su vanidad de negociador, escitada por los sarcasmos de Choiseul y la pasión de la España, le hacian olvidar fácilmente la justicia y la piedad. Llegó á ser, por los sentimientos afectuosos que mereció del Papa, su perseguidor mas hábil y su mas peligroso consejero. Sugirió contra los Jesuitas ciertas medidas, ciertas severidades y ciertas perfidias que tenian el doble objeto de entretener á las cortes y de herir á la Compañía poco á poco, sin darla ese golpe supremo, ante el cual era de temer que la conciencia del Papa retrocederia por largo tiempo y acaso por siempre. Así fue cómo llevó con bastante rapidez al Santo Padre hasta el punto de dar un paso que le ligaba de una manera casi irrevocable.

El Nuncio apostólico de Paris habia dicho al Cardenal secretario de Estado que era de temer que Carlos III, si el negocio se demoraba, toma-

se alguna resolucion estremada, y aun que su juicio se desarreglase. Aprovechándose Bernis del desaliento producido por esta noticia, escitó vivamente al Papa á que escribiera al Rey de España, dándole en fin la seguridad de que seria satisfecho en sus deseos. El Pontifice, afligido y alarmado, siguió este peligroso consejo, prometiendo al Rey presentarle *muy pronto* un plan para la *estincion absoluta de la Sociedad*. Esta carta está escrita de propia mano de Clemente XIV el 30 de abril de 1769, sétimo mes de su advenimiento. Bernis canta victoria.

«La cuestion no está ya en saber , dice, si el
»Papa desearia ó no evitar la supresion de los
»Jesuitas , sino en saber si despues de las pro-
»mesas formales hechas al Rey de España pue-
»de dispensarse de ejecutarlas. La carta que yo
»le he hecho escribir le liga de una manera tan
»fuerte, que á menos que la corte de España no
»cambie de modo de pensar, el Papa se ve obli-
»gado á acabar la obra. Podria esperar que el
»tiempo le diera algunas ventajas ; pero hasta
»las dilaciones están limitadas. Su Santidad es
»demasiado ilustrado para no comprender que,
»si el Rey de España hiciera imprimir la carta
»que le ha escrito , se deshonoraria rehu-

»sando cumplir su palabra y negándose á supri-
»mir una Sociedad cuyo plan de destruc-
»cion ha prometido comunicar, y á cuyos miem-
»bros considera como peligrosos, inquietos y
»turbulentos.»

Tal era en efecto la situacion. Sin embargo, aun en esta situacion casi desesperada, Clemente XIV creyó poder, sino salvar á la Compañía, evitarse por lo menos el pesar de destruirla. Todos los documentos dan testimonio de ello, y la conducta del Papa lo prueba mejor todavía. Enfermo, devorado de inquietud, atormentado durante el dia por los agentes de las potencias, y durante la noche por sus propios pensamientos, rodeado de intrigas, y temiendo hasta por su vida, Clemente XIV tuvo valor para luchar tres años.

«El Papa empleaba todos los recursos, dice
»M. de Saint-Priest, para poner de su parte á
»los soberanos, sin asociarse á la venganza que
»querian tomar de los Jesuitas. Un dia insistia
»sobre la dignidad del Sumo Pontífice, que no
»puede, que no debe ceder nunca á la fuerza; al
»dia siguiente alegaba la necesidad de profundas
»reflexiones antes de decidirse á adoptar medidas
»de tanta importancia. Encerrado con canonistas

» consumados, compulsaba los libros, las Memorias relativas á la Sociedad, y hacia que le llevaran de España, para ganar tiempo, la correspondencia de Felipe II con Sixto V. Despues de haber agotado todos los medios de este género, se estraviaba en un laberinto de frívolos pretextos, ya fingiendo temer el resentimiento de María Teresa, ya apelando hasta á los gobiernos separados de la Iglesia, como la Rusia y la Prusia, ya, en fin, prometiendo espulsar á los Jesuitas despues de haber obtenido el consentimiento unánime de todas las cortes. Este modo de proceder tan escesivamente lento, y que presentaba dificultades inauditas, agradaba á su debilidad, porque esperaba salvarse á fuerza de tiempo y de dificultades. Su posicion le sugeria otros expedientes igualmente inaceptables. Prometia no dar sucesor á Ricci, no admitir mas novicios, y hablaba hasta de reunir un Concilio, para descargar sobre él el cuidado de decidir esta importante cuestion.»

Al reproducir este cuadro de una verdad conmovedora, no es necesario protestar contra las espresiones de un historiador que no respeta ni la mas alta dignidad ni el mas alto infortunio. Donde él habla de la debilidad del Papa, no se

ve sino los tormentos de una alma justa, impotente para tomar un partido que la satisfaga. Contentar á las potencias era cosa fácil: no se necesitaba para ello sino una palabra que el Papa tenia plenamente el derecho de pronunciar. Romper con ellas, escapar á sus lazos, abandonarlas á su pasion, todo eso dependia tambien de una palabra; pero esos Reyes se hallaban en un camino terrible, decididos á adoptar el cisma, para lo cual tenian hasta los patriarcas nacionales designados. La conciencia, pues, que abogaba en pro de los Jesuitas, protestaba tambien contra ese rompimiento con los príncipes. Los que acusan de debilidad á Clemente XIV sin ponerse en su lugar, no ven la situacion como á él se le aparecia; y, ¿quién puede figurarse conocerla mejor? ¿Debia correr el riesgo de esa eventualidad formidable del cisma que se hubiera realizado por una defeccion general ó por una persecucion que pusiera á la Europa y á la Iglesia á sangre y fuego? ¡Hé aquí el problema que atormentaba sin cesar la conciencia de Clemente XIV! ¡Que los que nunca han vacilado al tratarse de asuntos de menor importancia condenen sus indecisiones!

El Papa diferia siempre, trataba siempre de

ganar tiempo, de apaciguar, valiéndose de medias satisfacciones, el odio de los príncipes contra los Jesuitas. Se les arrojaba de Bolonia, se les arrebatava del Seminario romano, se les espulsaba de su colegio de Frascati; Bernis se satisfacia con todo; la España no se contentaba con nada. «Todo eso, decia Moñino, embajador de»
«Cárlos III, no se hace por nuestra corte; y nuestro Rey no tiene ninguna parte en ello. No le»
«gusta que se corten simplemente las ramas,»
«quiere que se dé á la raiz un golpe decisivo, ya»
«designado y ya prometido... *En vano se atormenta á esas pobres gentes.* Solo una palabra»
«basta: ABOLICION.» Este Moñino, despues conde de Floridablanca, habia sido enviado á Roma para poner á toda costa término á la lentitud de Clemente XIV. Con formas moderadas y religiosas, era firme en sus designios, y llevaba su orgullo hasta una especie de ferocidad. Asustaba al Papa, y hasta el mismo Bernis que le tenia miedo, y escribia á Paris: «Moñino ama á la Religion y á la Iglesia y venera al Papa; pero á todo prefiere el honor de su corte y el suyo propio.» Ahora bien; el *honor* de Moñino exigia que los Jesuitas fueran destruidos, puesto que su corte le habia enviado para conseguirlo.

Decia á Bernis , y Bernis iba á repetírselo al Papa, que en caso de una negativa se correria , ó el peligro de un rompimiento estrepitoso con la Santa Sede , ó el de un rompimiento tácito tal vez mas peligroso. No dejaba un momento en paz al Papa, siempre delicado y siempre lleno de terror ; rechazando con altanería todo lo que no fuese la supresion de los Jesuitas. Se atrevió un dia á decirle que la restitution de Aviñon y de Benevento seria el precio de la abolicion, á lo que Clemente respondió «que un Papa gobernaba las almas , pero no traficaba con ellas;» y entrando en su cuarto , su dolor estalló en sollozos , diciendo: *¡Dios se lo perdone al Rey Católico!*

Contristado por último Bernis con esas persecuciones de que siempre era cómplice, habia escrito á su corte : «Conozco la sensibilidad del »Papa; si se le amenaza ó se le violenta , no resistirá largo tiempo, y perderemos el mejor de »los Pontífices, sin saber con quién reemplazarle.» El mismo Clemente decia: *Este asunto me matará.* Se cuenta que un dia, poco menos que suplicando á Moñino , le enseñó sobre sus brazos descarnados las señales de un tumor que con la fiebre que padecia iba estendiéndose por

todo su cuerpo y amenazaba su vida... *¿Pero y el honor de la corte y el suyo?*

Aun quedaba un último apoyo al Papa : María Teresa no veía en los Jesuitas de sus Estados ese espíritu turbulento de que en todas partes les acusaban estar dominados , sino que al contrario, como católica, admiraba sus virtudes, y como Reina apreciaba sus servicios en la enseñanza, en el ejercicio del santo ministerio, y en sus misiones entre los griegos cismáticos de Hungría y de Transilvania. Acababan de convertir á siete mil familias socinianas del pais de Sikdon, que se habian reunido á la Iglesia juntamente con sus ministros. Clemente XIV , á quien esta noticia habia dado algun consuelo , supo de pronto que María Teresa consentia en la supresion de la Orden , reservándose disponer como la acomodara de los bienes que poseia en sus Estados.

Entonces se apagaron las últimas esperanzas del Papa. No tenia ya apoyo , ni recursos, ni protector que invocar, ni dilaciones que pedir, ni nada, en fin, que esperar de ninguna resistencia ni de ninguna súplica. No era posible seguir el combate; debia tomarse un partido : ó ceder á los orgullosos sin piedad que le perse-

guian, ó exasperarles irremediabilmente por una negativa que de fijo no salvaria á los Jesuitas, y que no por eso dejaria de trastornar toda la Iglesia en todo el universo, desde el centro de la Europa hasta las misiones mas remotas. Inútil es querer indagar qué proyectos pasaron por la mente, qué dudas terribles desolaron el alma del Pontífice. El célebre Breve *Dominus et Redemptor*, que concedia á los príncipes la abolicion de la Compañía de Jesus, pero no su condenacion, fue firmado, publicado y ejecutado en los Estados romanos. El Breve lleva la fecha del 13 de julio de 1773; su significacion á los Jesuitas tuvo lugar el 16 de agosto. Un año despues murió el Papa, sin haber visto restablecerse la tranquilidad en la Iglesia, sin haberla podido conquistar por sí mismo. Pensando en este gran sacrificio, acaso inútil, se decia y se repetia: «La violencia me ha forzado; la violencia es la que lo ha hecho todo. ¡*Compulsos feci!* ¡*Compulsos feci!*»

No le acusemos de haber cedido á esa violencia. Desde las agresiones de Pombal hasta la firma del Breve, el Pontificado habia resistido 16 años. Durante ese periodo, se ensayaron todos los medios, se agotaron todos los recursos; la

situacion, lejos de mejorarse, se empeoraba todos los dias. Clemente XIII y Clemente XIV hablaron sucesivamente á la conciencia, á la fe, á la razon de los soberanos; trataron inútilmente de hablar á su corazon, todo fue inútil. Los príncipes les respondieron sirviéndose de hombres como Pombal, Choiseul, Aranda, Tannucci; empleando en sus negociaciones diplomáticos como Auveterre, que era un soldado brutal; cristianos como Azpuru, legistas como Moñino, sacerdotes como Bernis. *Pobre Papa*, exclamó San Alfonso de Ligorio al saber la dolorosa noticia; *pobre Papa, ¿qué podia hacer?* Ese santo aplaudió anteriormente la resistencia de Clemente XIII, y se inclinó ante la decision de Clemente XIV. *Povero Papa, che potera fare?* Y un momento despues: *Voluntad del Papa*, añadió, *voluntad de Dios*; guardando en seguida un constante silencio sobre el asunto.

Seria sin duda de desear hoy que Clemente XIV, al rehusar á los deseos de los soberanos la condenacion de la Compañía de Jesus que abolia, no los hubiese dado el gusto de hablar de los Jesuitas con una dureza poco conforme á su carácter y al infortunio que gravitaba sobre ellos. Pio IV, segun se dice, ha espresado la opinion

de que se hubiera podido limitar á disolverles diciendo simplemente que lo hacia por satisfacer á las coronas y sin consideraciones de ningun otro género. Pero por ventura , ¿hemos asistido nosotros á los largos consejos que el Papa tuvo con su conciencia ante Dios? Es preciso recordar que aun así, el Breve pareció demasiado suave á esos corazones orgullosos, que figurándose que en él los Jesuitas eran demasiado considerados, echaron en cara al Papa no haberlos escarnecido. Solo por estas razones no se recibió el Breve en Francia, y el Papa no ignoraba que eso habia de suceder. El mismo espíritu que le hizo tomar sobre sí sollozando la responsabilidad de la disolucion, con preferencia á dejar pendiente sobre la Iglesia este cruel asunto, legándolo á su sucesor, pudo decidirle tambien á afligir á la Compañía de Jesus por severidades aparentes, pero que sin embargo nada tenian de positivo, y que impidieron que los soberanos trataran de exigir aun mas en adelante.

Voluntad del Papa, voluntad de Dios. El tiempo ha demostrado, en suma, cuán prudente habia sido esa medida tan examinada. Inclinémosnos ante aquello que no podemos comprender,

antes que esponernos á juzgar temerariamente. No echemos en cara ni á Clemente XIII el haber resistido demasiado, ni á Clemente XIV el haber cedido demasiado. Los dos se dirigieron por un sincero deseo del bien, en una situacion que no fue la misma para uno y para otro; Clemente XIII debió sostener el combate, Clemente XIV debió firmar la capitulacion y dar en rehenes á sus hijos. Si se censura al uno ó al otro, se puede censurar en toda ocasion todos los combates, todas las resistencias y todas las transacciones.

IV.

Los Jesuitas se honraron por su pronta y heróica obediencia, obediencia tan pronta y tan heróica que podria decirse que todos ellos habian pronunciado la palabra de San Alfonso de Ligorio. Lo mismo habian hecho desde el principio de la lucha, sin que en ese largo combate dando contra ellos y en favor de ellos, se les viera aparecer; esperaron en silencio y murieron en silencio. Doloroso es decir que no se ha querido comprender la majestad de esta actitud. Segun M. Alberto de Broglie, «su inferioridad durante la crisis les hace tan poco dignos de interés como poco dignos de odio eran; no mostraron grandes talentos.» Ciertamente la Compañía de Jesus no podia presentar un solo hombre comparable á Pombal, á Choiseul y á los demas grandes hombres y personas de talento de esa época; pero los Jesuitas tenian buenos maestros

en todas las escuelas, apóstoles en todas las misiones, mártires en todos los calabozos; y la persecucion, sea cualquiera el modo en que la sufrieran, no logró, entre veinte mil Jesuitas, encontrar veinte apóstatas. Esto presenta indudablemente cierta grandeza. Si los Jesuitas hubieran querido defenderse, es de creer que hubieran podido hacerlo; habia entre los veinte mil muchos jesuitas capaces de escribir, de hablar y de hacerse escuchar; pero prefirieron imitar á su Maestro que no se ocupó en mostrar *grandes talentos* delante de sus jueces: *Jesus autem tacebat*. El P. Ricci representa la Compañía toda entera, y sus mayores apasionados no pueden desear verla mas realzada que lo que lo estuvo con esa representacion. Es grande, muy grande verse perseguido sin razon, cautivo sin juicio, y sufrir todo esto sin quejarse, abriendo solo la boca en presencia de la muerte para dejar en el mundo una protesta de inocencia y una palabra de perdon. En igual caso los grandes oradores, los grandes escritores del siglo hubieran aturdido al mundo con sus quejas y con sus anatemas, y hubieran sido mucho menos grandes y mucho menos elocuentes que lo que lo fueron los Jesuitas con su silencio.

Algunos Jesuitas, sin embargo, levantaron la voz; pero lo hicieron para justificar al Sumo Pontífice, dejando en claro tanto su derecho evidente á disolver la Compañía de Jesus como los motivos que para realizar tal disolucion habia tenido. «Se nos ha echado al mar, decia uno de ellos cuando ya no habia medio de escapar de la tempestad. ¡Ah! Si la union de la Iglesia solo por el derramamiento de nuestra sangre pudiera ser establecida, deberíamos bendecir la mano que nos sacrificara. No temo decirlo en nombre de todos nosotros: iríamos con alegría á recibir la muerte; y si cualquiera de los que fueron Jesuitas ha pensado, hablado ó escrito alguna otra cosa, no tenia, es seguro, sino el nombre y el hábito de la Sociedad, y nada de su espíritu.» Ese modo de pensar unánime de los Jesuitas en el siglo XVIII ha inspirado el libro del P. Ravignan, libro escrito con el mismo respeto hácia la verdad y hácia los Papas, quienes, para aparecer como son, *solo necesitan de la verdad.*

Añadamos que para los Jesuitas de nuestros dias ya no hay mérito, ni en comprender los motivos imperiosos que dictaron el Breve de supresion, ni en honrar al Papa que le promul-

gó. Esta trágica historia ha tenido un epílogo que la esclarece de un modo singular. ¿No podría decirse que el Breve concebido en términos que heria á la Sociedad sin condenarla y ejecutado de un modo que la abatía sin destruirla, ha sido, despues de todo, la que verdaderamente la ha salvado? El Breve á pesar de una dureza de expresiones acaso necesaria, la conservó el honor; y á pesar de unos rigores de ejecucion inevitables, la dejó una existencia real; de suerte que, de hecho, estaba mas bien desterrada que abolida. Y así es cómo la Compañía de Jesus permaneció á la vez ausente y presente, bastante abatida para que sus perseguidores la olvidaran ó despreciaran, y bastante vigorosa para volver á recobrar en su dia toda su antigua vida.

La Compañía ha vuelto á renacer en efecto sola, ó poco menos, entre todos los poderes que se habian coaligado contra ella. Los hombres habian comparecido ante el tribunal de Dios, los imperios habian sufrido la Revolucion; pero no todos los Jesuitas de 1773 habian muerto cuando el Papa Pio VII restableció la Compañía de Jesus en Rusia el 7 de marzo de 1801, en el reino de Nápoles el 3 de julio de 1804, en todo el universo el 7 de agosto de 1814. En esta fe-

cha aun se encontraban algunos Jesuitas de todos los paises, italianos, españoles, portugueses, franceses, alemanes que volvieron de todas partes, despues de una dispersion tan larga á recobrar las reglas y el hábito cuya pérdida habian llorado tanto. Si los Jesuitas fueron perseguidos aunque inocentes, ¿qué reparacion ha podido presenciarse el mundo que fuera mas completa? Un Papa los abolió por la tranquilidad de la Iglesia: por el bien de la Iglesia otro Papa volvió á restablecerlos. Habian sido espulsados de Francia, de Portugal, de España y de Nápoles como sediciosos y enemigos de la autoridad: volvieron á esos paises siendo lo que habian sido, porque, dice el protestante Juan de Müller, «se habia comprendido que el baluarte comun de toda la autoridad cayó con ellos,» y porque toda autoridad sentia la necesidad de reconstruirlo. En España, un decreto del Consejo de Castilla invalidó los procedimientos de Carlos III; en Francia la razon pública supo tratar justamente á la pasion de los Parlamentos; en Portugal, teatro de su martirio, los Jesuitas encontraron entre piedras en una capilla arruinada un cadáver que hacia mas de cincuenta años esperaba una sepultura. Ese cadáver era todo

lo que quedaba de Pombal, que murió desterrado de la corte, execrado del pueblo y comido por la lepra. Nadie habia querido enterrarlo en sagrado: un Jesuita ofreció el Santo Sacrificio por el reposo del alma de Pombal, *de cuerpo presente* en la augusta ceremonia, y dió una tumba á su cadáver.